

había mandado: pero el decreto de muerte con la firma de la Reina y el sello del Canciller, habíalo ya traído Cecil al Consejo privado, y éste se decidió á darle curso sin nuevas manifestaciones de la Reina. Escribieron, pues, todos los consejeros una carta colectiva á los Condes de Shrewsbury y de Kent, encargándoles la triste misión de asistir al suplicio de la Reina de Escocia, y el 4 de Febrero salió Roberto Beale por la noche de Londres, con esta carta y el decreto de muerte, para el castillo de Fotheringay. Era muy reducido su cortejo, y formaba parte de él un hombre extraño y taciturno, disfrazado más bien que vestido de caballero, con ropilla de terciopelo negro y cadena de oro al cuello.



XIX

POCOS días antes de la muerte de la Reina de Escocia, separó Paulet violentamente de su lado al capellán que allí tenía oculto, y á su mayordomo Andrés Melvil. Encerróles en el mismo castillo, lejos de su señora, y nadie ha explicado nunca ni la razón de esta violenta medida, ni cómo se descubrió la estancia del sacerdote en Fotheringay, ni quién fuera este misterioso capellán de que hablan todos los historiadores, sin nombrarle ninguno. El erudito Mignet le llama Prèau ó Duprèau, sin decir dónde haya encontrado este nombre; y el P. Rivadeneira, que debía saberlo, sin duda, pues tomó sus noticias de los mismos servidores de la Reina que presenciaron su muerte, y escribió

en el mismo año de la cruel tragedia, calla sin embargo su nombre con estudiada prudencia, y limitase á decir que *por particular beneficio de Nuestro Señor tuvo la Reina consigo el Santísimo Sacramento, todo el tiempo de su prisión*, y á narrar luego la patética escena que más adelante referiremos.

De todos modos, es lo cierto que al separar Paulet repentinamente al capellán del lado de la Reina, quedó el Santísimo Sacramento en la cámara de ésta, encerrado en una caja de oro, y oculto en el sagrario secreto que le tenían dispuesto. Lo cual, con ser consuelo inmenso para la Reina, era al mismo tiempo preocupación constante, pues temiendo á cada paso que la dieran muerte repentina y violenta, temía también dejar aquel tesoro inestimable en manos de los herejes.

Y sucedió, que estando la Reina el día 7 de Febrero con estas dudas y temores, y enferma en cama por el dolor reumático que solía aquejarla en las piernas, entró á las dos de la tarde en su cámara Juana Kennedy, la primera de sus doncellas, demudada y temblorosa, anunciando que los Condes de Shrewsbury y de Kent y otros varios señores que habían llegado por la mañana al castillo, pretendían hablarla.

Contestó la Reina sosegadamente que se ha-

llaba enferma y en cama; pero que si el caso era de verdadera urgencia, se levantaría para recibirles. Respondieron los Condes que la urgencia era grande, y levantóse entonces la Reina con harto trabajo, y se puso un amplio ropón de terciopelo negro forrado de pieles, y sentóse por su mucha flaqueza ante una mesita de escribir que había al pie del lecho. Entraron entonces los Condes de Shrewsbury y de Kent, Sir Amyas Paulet, Drue Drury y Roberto Beale, y aparecieron detrás las asustadas cabezas de casi todos los servidores de la Reina, consternados y llorosos, y fuéronse deslizándose á hurtadillas, uno á uno y como mejor pudieron, en la cámara de su señora, y agrupándose en torno de ella. Estaban sus seis damas, Juana Kennedy, Renata de Beallay, Gila Maubray, Isabel Curle, María Pagets y Susana Korcady: su médico Bourgoing, su cirujano Jacobo Gervait, su boticario Pedro Gorjon, el ayuda de cámara Aníbal Stouart y el despensero Didier Siffard.

Adelantóse el Conde de Shrewsbury muy pálido, con la cabeza descubierta: inclinóse profundamente delante de la Reina, y díjola, balbuceando casi, que obligada su soberana por las instancias de sus súbditos, había decidido que tuviera lugar la ejecución de la sentencia notificada dos meses y medio antes por el Lord

Canciller Buckhurst. Escuchóle la Reina sin turbarse en lo más mínimo, y de igual modo oyó el decreto de muerte leído á continuación por Roberto Beale. Santiguóse sosegadamente al terminar la lectura, y dijo cruzando las manos:

—¡Bendito sea Dios, por la nueva que nos dáis!

Y como sus damas levantasen entonces el grito y comenzaran á sollozar y á lamentarse, volvióse á ellas la Reina y con grave ademán las impuso silencio.

—No podemos recibir mejor noticia, añadió, que la que nos anuncia el término de nuestras desdichas, y la gracia que nos hace Dios de morir por la gloria de su nombre y de su Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana... No esperábamos fin tan dichoso después de los tratos que hemos sufrido en este país, y los peligros á que nos han expuesto durante diecinueve años, á Nós, nacida Reina, hija de Rey, nieta de Enrique VII, sobrina de la Reina de Inglaterra, Reina viuda de Francia y Princesa libre que no reconoce en el mundo más superior que Dios.

Y levantando la voz con grande dignidad y firmeza, protestó de nuevo contra la acusación de haber conspirado contra la vida de Isabel, y con gran vehemencia y movimiento espontáneo salido del alma, puso entonces la mano sobre

un libro de los evangelios que sobre la mesa había, y dijo con toda la majestad de la reina que se siente ultrajada, y toda la solemnidad de la cristiana próxima á morir:

—¡Juro no haber conspirado nunca, ni permitido que nadie conspirase contra la vida de la Reina de Inglaterra!

Mas ni aun en aquel momento, en que todo era allí grande y solemne, desde la actitud y las palabras de la Reina, hasta el silencio en que se la escuchaba, dejó de perseguirla el odio sectario de los herejes; y el Conde de Kent, fanático rudo y grosero, de escaso entendimiento y sobradas pretensiones, atrevióse á decirle que aquel libro era el de los papistas, y que por lo tanto valía tan poco su juramento como su libro. Á lo cual contestó la Reina con grave mesura:

—Notad, Conde de Kent, que este es el libro en que creemos... ¿Tendríais por más sincero un juramento prestado sobre el vuestro, que no nos merece fe ninguna?...

Empeñóse entonces el grosero y pretencioso Conde en hacerla renunciar á lo que él llamaba sus supersticiones, y díjola que habían traído una persona eclesiástica para que la preparase á morir. Preguntó la Reina:

—¿Es católica esa persona que decís, y tiene la fe y comunión de la Iglesia romana?...

Contestáronla que no, y la Reina pidió entonces que la volviesen su capellán, preso allí mismo en el castillo. Negáronselo los Condes, y tornaron á ofrecerla el ministro hereje que ellos traían, que era el Deán de Petersboroug ¹⁶.

—No es eso lo que queremos ni lo que hemos menester, replicó entonces la Reina con gran firmeza. Yo soy católica, y católica tengo de morir, y por ser católica muero, y téngolo por muy gran merced de Dios. Sin sacerdote me favorecerá mi Dios, que ve mi buen deseo, y sin los medios ordinarios puede salvar y salva las ánimas que él mismo con su sangre compró.

Negáronla también el breve plazo que pedía para escribir ella misma su testamento, y hacer sus últimas disposiciones; y como preguntase entonces cuándo había de morir, contestóle Shrewsbury que á las ocho de la mañana siguiente. Levantóse luego la Reina, para indicar á la molesta visita que deseaba estar sola, y no bien lo estuvo, arrojáronse á sus pies todos sus servidores, anegados en lágrimas, pidiéndole, como si en su mano estuviese el concederlo, que no les abandonase. Consolábales ella con dulzura, como se consuela á los niños con halagos y palabras cariñosas, más bien que con sólidas razones. Mandó entonces adelantar la hora de la cena, á fin de tener toda la noche para

escribir y para orar, y mientras la aparejaban, púsose ella á su mesa, y escribió á su capellán la siguiente carta, cuyo original tuvo el P. Rivadeneira meses después en sus manos, y lo besó como á una reliquia, y lo copió y tradujo al castellano de la siguiente manera:

«Yo he sido hoy combatida y tentada de los herejes contra mi religión, para que recibiese consuelo por su mano dellos. Vos sabréis de otros que á lo menos yo he hecho fielmente protestación de mi fe, en la cual quiero morir. Yo he procurado de haberos y pedídoos para confesarme y recibir el Santo Sacramento. Hánmelo negado cruelmente, como también que mi cuerpo sea llevado desta tierra, y de poder estar libremente y de escribir, si no es por mano dellos y con voluntad de su señora. Y así, faltándome el aparejo, yo confieso humildemente con gran dolor y arrepentimiento, todos mis pecados en general, como lo hiciera en particular si pudiese; yo os ruego que esta noche queráis velar y orar conmigo y en satisfacción de mis pecados y de enviarme vuestra bendición. Avisadme por escrito las oraciones más propias y particulares que debo hacer esta noche y en la mañana, y todo lo demás que os pareciere que me puede ayudar para mi salvación. El tiempo es corto y no puedo escribir más».

Sacó Isabel Curle con mucho disimulo este papel de las habitaciones de su señora, y dióselo á Martín Heut, jefe de la cocina de la Reina, puesto por ella misma para que no la envenenaran; y deslizándose éste por los pasillos y vericuetos del castillo, llegó sin ser visto al aposento del capellán, y por debajo de la puerta le entregó la carta.

Sirvió la cena á la Reina Domingo Bourgoing, su médico, por hallarse encerrado el mayordomo Andrés Melvil, como ya dijimos, y durante ella habló la Reina de las pretensiones que había tenido el necio Conde de Kent, de convertirla á su religión, y dijo sonriéndose:

—No era este doctor el que había de convencernos.

Al terminar la cena mandó llamar á todos sus servidores, desde Martín Heut, el jefe de cocina, hasta Juana Kennedy, su primera doncella, y llenando una copa de vino, bebióla á la salud de todos ellos, de modo tan expresivo y cariñoso, que todos aquellos infelices cayeron de rodillas sollozando. Por lo cual, díjoles entonces ella con gracia tan bondadosa y particular, que no parecía ya de este mundo:

—¿Y no queréis vosotros beber también á mi salud, que será ya eterna y, por la misericordia de Dios, dichosa?...

Todos bebieron entonces de rodillas, mezclando el vino con sus lágrimas, y la pidieron perdón por lo que pudieran haberla ofendido ó molestado durante todo el tiempo de su servicio. Diólo ella con muy buena gracia, y pidiólo á su vez, porque hartó conocía, les dijo, que las penas y desdichas le habían agriado el carácter en aquellos últimos años. Exhortóles entonces á permanecer siempre firmes en la religión católica, y á vivir en paz unos con otros; y entrándose en su cámara, salió á poco con unas bolsitas hechas por ella misma, con previsión amorosa, y en las que había repartido los 5.000 ducados que le quitaron en Chartley, y la devolvieron luego después de su sentencia, y era todo lo que poseía.

Dióle á cada uno por sí misma, una de aquellas bolsitas, y para todos tuvo una palabra afectuosa, un prudente consejo, un encargo de amistad ó de cariño, dicho todo con tanta bondad y gracia tan conmovedora, que despedazadas de dolor aquellas pobres gentes, no podían tenerse de pie, y algunos yacían postrados sollozando. «Y hacía todo esto, escribía el mismo Bourgoing, sin que se viese el menor cambio en su rostro, ni en su voz, ni en sus movimientos: parecía que daba disposiciones y ponía en orden sus asuntos, para mudarse de

una casa á otra». Repartióles también todas sus ropas y las pocas alhajas que la quedaban, y á las ocho y media retiróse á la cámara en que tenía el Santísimo Sacramento, dejando en la pieza contigua, y con la puerta abierta, á Domingo Bourgoing y á Juana Kennedy.

Allí escribió de nuevo su testamento, todo de su puño y letra, y otras varias cartas, entre ellas una á Enrique III, pidiéndole por caridad que pagase las mandas que dejaba á sus servidores más pobres. La triste Reina despojada, sólo poseía su viudedad de Reina de Francia, y ésta debía pasar á Enrique III, una vez muerta ella. «Siempre me habéis amado, le decía, y por eso os pido por caridad que me lo mostréis por vez postrera, dándome el consuelo de recompensar á mis pobres y afligidos criados, y de hacer sufragios por el alma de esta pobre Reina, que se ha llamado como vos, *Reina cristianísima de Francia*, y muere católica y desprovista de toda clase de bienes».

Á las diez entró Martín Heut con la respuesta del capellán, que había tomado también por debajo de la puerta, y la Reina la leyó atentamente dos ó tres veces, y la quemó después á la luz de una de las hachas. Á las dos de la madrugada acabó de escribir, y puso entonces en un cofrecillo su testamento y las

cartas abiertas, diciendo á Bourgoing y á Juana Kennedy, que ya había terminado sus negocios humanos, y sólo le quedaba prepararse para comparecer delante de Dios.

Hízola entonces Bourgoing tomar un baño de pies con yerbas aromáticas, que mitigaban sus dolores y fortalecían la flaqueza de piernas que la aquejaba; y sintiendo algún cansancio, mandó á Juana Kennedy que la buscara en el *Flos sanctorum*, que leía todas las noches, la vida de algún santo que hubiera sido también gran pecador. Recorrió Juana algunas de aquellas vidas, y la Reina hízola detenerse en la de San Dimas, el buen ladrón, por parecerle que había en ella el ejemplo más acabado de la confianza humana y de la misericordia divina. Leyó Juana Kennedy la conmovedora historia, procurando comprimir sus lágrimas y sollozos, y la Reina la escuchaba con devoto recogimiento, cruzadas las manos y entornados los ojos. Al terminar la lectura dijo gravemente:

—Gran pecador fué; pero no tanto como yo... ¡Quiera Nuestro Señor acordarse de mí y hacerme misericordia, como le hizo á él en la hora de la muerte!...

Púsose entonces en oración delante del Santísimo Sacramento, de rodillas y con el rostro oculto entre las cruzadas manos, hasta que sin-

tiendo crecer el cansancio á eso de las cuatro, y pareciéndole prudente reservar fuerzas para el último momento, acostóse para descansar, vestida como estaba. Velábanla Juana Kennedy y María Pagets, rezando y llorando, y aunque veían cerrados los ojos de la Reina, movíanse sus labios entreabiertos como si orase, y brillaba en su frente una especie de serenidad, que imponía al mismo tiempo pavor y respeto, como acontece á los humanos con las cosas del cielo.



XX



Al amanecer, despertóse la Reina por sí misma, diciendo que ya no le quedaban más que dos horas de vida. Escogió entonces entre sus pañuelos uno primorosamente bordado de oro, para que le vendasen los ojos en el cadalso, y mandó traer el más rico de sus vestidos, que solía ponerse los días de gala. Era de terciopelo granate muy oscuro, acuchillado de raso negro, con cuello muy alto y largas mangas perdidas: traía también un manto de corte, de larga cola y riquísimo brocado, del mismo color que el vestido, guarnecido de marta zibelina, y un amplio velo blanco, que la cubría de pies á cabeza. Llevaba á la cintura un rosario de oro, y al cuello una cruz también de oro, y dos escapularios.